

ontológica misma, que nunca llega a ser propiedad disponible⁴⁷. Por otro lado, el *concepto epistémico* de la verdad como pretensión formal de validez universal es, igualmente, *tan necesario como radicalmente insuficiente* para sostener por sí mismo la universal apertura dialógica y la fuerza argumentativa del discurso, que tan sólo *parece ser* su fuerte. El primer paso en la búsqueda del 'equilibrio reflexivo' en la fundamentación de la ética radica en la articulación intrínseca entre estos dos conceptos de la verdad.

⁴⁷ Para S. Tomás las realidades naturales son como un texto entre dos intelectos (el divino y el humano); son verdaderas en tanto adecuadas al primero y en cuanto generadas con el desgnio de llegar a adecuarse al segundo: *Las cosas naturales están constituidas entre dos intelectos, y se denominan verdaderas en cuanto se adecuan a ambos, De Veritate, 1,2.*- La verdad es, ante todo, un status trascendental de las cosas mismas y no una posesión discursiva, ya que la realidad es el ámbito donde la verdad subsiste, lo universal en-sí y desde-otro, accesible análogamente a todos desde la propia situación. *Entonces, las cosas se llaman verdaderas en comparación con el intelecto divino y el humano, Ibid., 1,6.* Hay una primacía de la relación metafísica en la verdad de lo real, pues todas las cosas y su articulación sistemática en el universo llegan a existir y significar en tanto que ya se relacionan con la (Inter-)Subjetividad fundante o (Dia-)Lógos creador. Tal relación originante, radicada en la verdad ontológica que hace que las cosas existan y signifiquen 'en-sí-mismas' es, al par, apertura de la realidad en dirección a la intersubjetividad humana. *Lo verdadero se dice de las cosas por lo que se adecuan al intelecto divino o por lo que nacieron ya aptas para adecuarse al intelecto humano = "Verum...dicitur...de rebus quod adaequantur intellectui divino vel aptae natae sunt adaequari intellectui humano" Ibid., 1,3.* El hombre es punto clave de realización cósmica del designio de la verdad de las cosas, lugar donde comienza la ebullición del significado de todo y, en tal sentido, el yo es el momento decisivo de realización de la aspiración de la naturaleza toda a ser reconocida como signo de Otro. La certeza de la existencia de la verdad en lo real, no le impide a Tomás señalar la dificultad humana para conocerla, por las deficiencias que han interferido sobre la misma realidad creada; por la deficiencia y ambigüedad (cerrazón de la libertad y desatención) de nuestra capacidad cognitiva y, porque la certeza de la existencia absoluta de la verdad es también la certeza de la imposibilidad humana de poseerla en un sistema del saber absoluto. *Puede muy bien suceder que la verdad sea difícil para llegar a conocerla, ya sea por alguna deficiencia que pueda darse en las cosas mismas o, sobre todo, a causa de la deficiencia efectiva de nuestro intelecto. Comm. In Met. 2 1; nr. 279 y cfr. nr.281 y nr. 282.*

Virginidad: preámbulo del cielo

por Enrique E. Fabbri S.I. (Buenos Aires)

El estado de virginidad pide varones y mujeres plenamente realizados en su realidad humana. Es decir, si el matrimonio pide seres psíquicamente equilibrados, más lo exige el estado virginal, por ser un estado trascendente y como bien dice el adagio: *la corrupción de lo mejor es pésima*. De ahí que es un requisito fundamental la rica selección de los candidatos para ese estado, porque se requiere para seguirlo bien una psicología suficientemente madura. Los que se sienten llamados a tal estado han de saber bien qué es lo que eligen.

La virginidad, normalmente consagrada por un voto hecho a Dios, consiste en renunciar a toda acción erótico-genital, no porque sea en sí algo repugnante, sino porque se ve en esa actitud una ofrenda que se quiere hacer por la gloria de Dios, una mayor entrega al servicio divino y un don total de amor a la realidad divina. Se simboliza así en esta tierra, bajo la tensión de la fe, la confianza de la esperanza y la generosidad del amor, la plenitud de vida propia de la "ciudad celestial"¹.

No es, por lo tanto, virtuosa la virginidad no amada, sino solamente conservada por motivos de temor, o de náusea de los placeres sexuales. Hay muchos prejuicios que falsean la perspectiva cristiana de la virginidad, cuyo *centro vital es la decisión irrevocable* de abstenerse de tal placer por amor al reino de los cielos.

Se requiere una actitud de generosa magnanimidad para vivir en el estado de virginidad. Por eso los Santos Padres de la Iglesia recomiendan en sus tratados sobre el tema a los que se consagraban a Dios en su cuerpo que se mantengan en una total y abnegada serenidad de espíritu, porque es el único medio para ser fieles en su entrega. Sus consejos serían plenamente aprobados por psicólogos actuales bien intencionados. No se puede negar, en efecto, que todas las explosiones de cólera, de ira, de tristeza, de desaliento, de perturbación, ponen al ser

¹ "Toda renuncia al placer es buena, si su motivo es razonable. Es razonable abstenerse, pero sólo en la forma que conviene, es decir, *con hilaridad de espíritu* y por el fin conveniente, es decir, por la gloria de Dios, no por la propia gloria" (S.T., II-II, q. 146, a. 1, ad. 4, ver también II-II, q. 152, a. 1).

humano en una actitud de resentimiento que sirve de alimento para empezar a decepcionarse en su estado de entrega generosa a Dios.

La mujer que se consagra a Dios tiene que estar repleta, desbordante de Cristo. En ella no ha de haber otra cosa. Ve a Cristo en todo, y entonces ciertamente podrá ser fiel a su promesa; siempre igual a sí misma en su consagración a Dios. Llegará a realizar en su realidad de mujer consagrada a Dios lo que con cierta añoranza decía ese poeta cristiano, que tanto le costó la vida de pureza, Peguy, que "lo sobrenatural es también carnal". La presencia amorosa de Dios ha de irradiarse, apoderarse, empapar toda la realidad completa de su ser psíquico y físico. Y eso lo logrará si realmente se mira en Cristo, al que toma como su único y exclusivo espejo.

Virginidad: estado "celestial"

San Pablo presenta a los cristianos de Galacia un planteo que exige una profunda reflexión porque sugiere una realidad plerónica de un misterioso contenido: "...ya no hay judío ni pagano, esclavo ni hombre libre, varón ni mujer, porque todos ustedes no son más que uno en Cristo Jesús" (Gal.3,28).

"No hay varón ni mujer". En esta nueva vida el Señor de tal manera plenifica al ser masculino y femenino, que en cierto modo los hace uno sin dejar de ser dos. Cada uno conserva sus propias características distintivas, pero cada género se siente mucho más unificado al asumir el sentido del otro en un plano mucho más íntimo, profundo e interior que el plano puramente biológico, psicológico y carnal. En este plano superior, la femineidad y la masculinidad es lo propio de toda la Iglesia. Ambos aspectos se dan en ella, pues la Iglesia recibe todo de Cristo y, por otra parte, prolonga la acción santificante de Cristo. Es el doble aspecto de la Iglesia: la santidad y la santificación. En cuanto santidad, la Iglesia tiene una *característica femenina*; pues ella recibe la gracia de Dios, acoge el amor del Padre, refleja la santidad de Cristo, su Esposo, mediante su generosa aceptación y respuesta. En cuanto santificación, la Iglesia descubre su *característica masculina*. Ella administra los sacramentos, une con Cristo, prolonga la palabra de Cristo por la predicación...

De esta femineidad y masculinidad superior de la Iglesia todo cristiano participa de una manera parcial en la tierra. En ésta, el cristiano que ha escogido la vida religiosa, trata de anticipar en lo posible la santidad de la Iglesia. Todos participarán de ella de una manera plena y perfecta en el cielo donde serán plenamente santos. En la tierra todo cristiano por el bautismo participa en germen de esta realidad, pero los

que se comprometen por voto a llevar el germen a su plenitud en esta tierra porque a eso los ha llamado Dios invitándolos a asumir este llamado, son los y las que se han consagrado a El en la vida religiosa.

En la plena santidad del cielo, que es el último estado de la Iglesia, el llamado "estado escatológico", se logra la total trascendencia de los sexos, quedando siempre el hombre glorificado *en su plena bivalencia de varón y de mujer*. Hay allí una plena superación del estado biológico, porque una vez completada la Iglesia no habrá prolongación de la especie en el tiempo (Lc.20,34-36); pero estarán el varón y la mujer, que ya han logrado su estado de plenitud total. La mujer que habrá asimilado de una manera misteriosa todas las características positivas del ser masculino, con su acento puesto en la personalidad de su ser femenino y el varón que ha asimilado las características del ser femenino, pero con un énfasis que recalca la personalidad de su ser masculino. Son varones y mujeres "del más allá y todavía no", característica del cielo, que religiosos y religiosas quieren vivir en la tensión de la fe ya en esta tierra. El motivo que impulsa a un varón o a una mujer a consagrarse enteramente a Dios en su cuerpo, a renunciar al matrimonio y optar por este "estado celestial" ha de ser la belleza y la santidad de la virginidad en sí, y no el miedo al matrimonio que ha sido querido por Dios.

El estado virginal es santo y bello porque es el reflejo de ese *algo virginal misterioso*, propio del cristianismo. Todo cristiano lleva en lo más hondo de su ser, allí donde se injerta el germen divino que es la gracia, algo sin mancha, totalmente puro, que pertenece exclusivamente a Dios. Este elemento que lleva todo cristiano en razón de su bautismo, señala ese nacimiento, superior a todo nacimiento biológico puramente natural, que es la incorporación al cuerpo de Cristo, el formar parte de ese cuerpo como miembro. Ahora bien, la vocación al estado virginal es la manifestación de la plena madurez a que tiende a llegar ese germen bautismal depositado en el ser del bautizado. Si el cristianismo como tal es de una estirpe virginal, porque nace de la voluntad de Dios, ese origen completamente inusitado, inesperado, que está por encima de todo lo que el hombre puede hacer o pensar, tiene que estar, de una u otra manera, externamente significado. El cristianismo es una realidad virginal, pues aparece en la historia de una manera misteriosa; no es una religión inventada por los hombres, hecha y codificada por ellos. Es una religión que brota del mismo Dios y es mantenida en su ser por El. El padre cristiano no hace cristiano a su hijo por el simple hecho de darlo a luz; es la Iglesia que lo hace, bautizándolo. El ser cristiano y el crecer como tal, dependen siempre primordialmente de Dios; El da la gracia, El la aumenta.

El cristianismo tiene una vida virginal, porque no necesita de elemento humano para aparecer: el principio fecundador que le da ser, que lo hace crecer es el mismo Dios. Ahora bien, este misterio del cristianismo es significado por el estado virginal en el cual varones y mujeres, al renunciar al matrimonio, anuncian a lo largo de toda su vida, de una manera visible, cómo el cristianismo nace de una manera misteriosa y supone una perduración, una fecundación, un crecimiento superior a lo que se puede pensar por medios puramente humanos. El y ella, consagrados a Dios en el voto de castidad, manifiestan con su renuncia que el cristianismo no es producto de los hombres, ni se mantiene en su ser puramente por el esfuerzo de los hombres. Así como el Verbo nace hombre con todas las características del ser humano, de una manera misteriosa, -porque nace de una Madre que no deja de ser virgen-, así también el cristianismo se mantiene en su ser, sigue mostrando a los hombres que tiene un origen divino misterioso, porque siempre habrá en su seno varones y mujeres que, para ser símbolo visible de este origen misterioso, consagran su potencia y anhelo de perduración en la especie a Dios. Recuerdan así a todos, que esta renuncia a una perduración carnal es un testimonio de que hay una perduración superior, espiritual que "no viene de la carne, ni de la sangre, ni de la voluntad humana, sino del mismo Dios" (Jn.1,13).

Este es el simbolismo más profundo, más rico del estado virginal: visualizar la virginidad de la Iglesia, que es una virginidad maternal, porque es una virginidad fecunda, en un plano de fecundidad superior, donde no se necesita ni la carne ni la sangre. El estado virginal supone una entrega total y completa a Dios; uno no se divide, busca en todo el servicio de Dios: todo lo que toca, lo que dice, lo que hace, tiene que querer ponerlo exclusivamente al servicio de Dios.

Virginidad: maternidad espiritual

San Gregorio el Grande, hace una reflexión que despierta gran curiosidad: "Madre de Cristo es, sobre todo, aquel que pregona la verdad, pues concibe al Señor aquel que le introduce en los corazones de sus oyentes; y es madre de Cristo aquel, que con sus palabras fomenta el amor al Señor en el espíritu del prójimo..."².

Ese tema, para la mujer sobre todo, ha sido explicado por la Iglesia a través de los siglos como el de un matrimonio espiritual con el Señor o aplicado a la mujer consagrada a Dios como esposa de Cristo.

² 3ª Homilía sobre los Evangelios, PL. 76, c. 1086.

Ya aparece en la Biblia. En el Antiguo Testamento la unión entre Dios y su pueblo escogido, sobre todo en los libros proféticos (Oseas, Isaías, Ezequiel) y en todo el Cantar de los Cantares, se simboliza con la imagen de la unión matrimonial. Yavé se une a su pueblo como a una mujer a la que purifica y limpia de todas sus faltas por su misma unión. A pesar de todo, la valoración de la virginidad sólo aparece de una manera definitiva, plena, con la encarnación del Hijo de Dios, que se presenta como esposo de las almas vírgenes. Cristo invita a todos los hombres a una unión indisoluble con El, y lo expresa bajo la imagen de unas bodas. Este tema aparece con relativa frecuencia como símbolo de la plenitud de los tiempos inaugurados por Jesucristo y en El bajo la imagen de unas bodas nupciales³. Además el mismo Señor se presenta con los rasgos del esposo⁴. Todo este lenguaje de tipo nupcial es signo de esa misteriosa unión en la plenitud del amor que contraerá la humanidad salvada con el Señor.

Ahora bien, no solamente Cristo es el Esposo, sino todo cristiano es presentado como la esposa en un sentido espiritual del mismo Cristo. San Pablo dice: "Yo estoy celoso de ustedes con el celo de Dios porque los he unido al único Esposo, Cristo, para presentarlos a él como una virgen pura" (II Cor.11,2). Aquí Cristo es el varón y los fieles son presentados a El como vírgenes puras, símbolo de un ser humano que es consagrado a Cristo para que el Señor realice con él una obra espiritual a la manera de unas bodas para bien de todos. Aparece el aspecto de castidad, "virgen pura", y el aspecto de unión fecundante, "entregada a Cristo varón". Esto último recibe una mayor explicación al decir San Pablo de sí mismo, escribiendo a los cristianos de Galacia: "Hijitos míos por quienes estoy sufriendo nuevamente los dolores del parto hasta que Cristo sea formado en ustedes" (4;19). Claramente resalta la imagen de una maternidad espiritual. En la relación con el Señor, el cristiano asume una actitud femenina; es Dios quien comunica su gracia. Por eso, Pablo se compara con una madre que da a luz, porque el que convierte a un hombre en cristiano es Dios por Cristo. El hombre sólo condiciona esa acción al entregarse a Cristo como una esposa para que El lo transforme con su don y haga crecer en el seno de su Iglesia todos los frutos de ese amor.

Los Padres de la Iglesia desarrollan ricamente esta simbología. Hablan de la mujer virgen como la imagen de la esposa de Cristo que se deja transformar por ese único Esposo. Bastan dos ejemplos: "...no

³ Mt.22,1-4; 25,1-13; Lc.12,35-38; Jn.2,1-11; Apoc.21,2-17.

⁴ Mt.9,15; Mc.2,18-20; Lc.5,34-35; Jn.3,28-29; Apoc.19,7.

tienen un marido por dueño, pues su dueño y cabeza es Cristo, que hace las veces de esposo, de cuya suerte y comunidad de vida participan..."⁵. "Vístete la armadura del pudor, cíñete con el cinto de la verecundia, levanta un muro a tu sexo, que no deje libre a tus ojos, ni admita la presencia de ajenos. Toma el hábito de mujer (el velo de casada), para que guardes el estado de virgen. Simula algo de lo que es tu interior, para que sólo a Dios muestres la verdad. Aunque no mientes al declararte casada. Te casaste con Cristo, a El entregaste tu carne, a El uniste como esposa tu madurez. Camina conforme a la voluntad de tu Esposo. El mismo Cristo ordena que las otras esposas y casadas usen el velo; cuánto más, ciertamente sus propias esposas..."⁶.

La liturgia ve en la consagración de las vírgenes un rito nupcial: "La ceremonia litúrgica de la consagración de las vírgenes tiene todas las características de un rito nupcial: esto le da un simbolismo profundo. Todo allí habla de la unión del alma (es decir, de la persona religiosa) con Cristo y de la dignidad de Sponsa Christi, de esposada con Cristo, como es reconocida desde ese momento. La virgen cristiana se entrega a su Esposo divino por un don total e irrevocable, y recibe en retorno la bendición que la consagra para siempre; y la Iglesia le entrega el velo, insignia auténtica de su pertenencia a Dios"⁷.

Lo que mejor simboliza este misterio de fecundidad espiritual entre Cristo y los hombres es la religiosa. Ella por ser mujer y, por lo tanto, poder ser esposa y madre, es el símbolo visible de la realidad espiritual de la Iglesia esposa-madre⁸. En efecto, este aspecto de la Iglesia ha de ser representado por alguien que visiblemente pueda ser esposa y madre; y ésa es la mujer, no el varón. Por lo tanto es característico de la mujer consagrada a Dios representar en su realidad visible a la Iglesia como esposa y madre. La religiosa visualiza así, para el que cree, ese misterio de la Iglesia, que es al mismo tiempo virgen, esposa y madre. Símbolo de una realidad trascendente que se explica, en el

⁵ San Cipriano, *Sobre la conducta de las vírgenes*, c. 22.

⁶ Tertuliano, *Sobre la velación de las vírgenes*, 16,4.

⁷ Dom. P. de Puniet, *Le Pontifical Romain*, II, p. 158.

⁸ "Ya el libro del Génesis permite captar, como un primer esbozo, este carácter esponsal de la relación entre las personas, sobre el que se desarrollará a su vez la verdad sobre la maternidad, así como sobre la virginidad, como dos dimensiones particulares de la vocación de la mujer a la luz de la revelación divina" (Juan Pablo II, *La dignidad de la mujer*, n.7).

misterio de amor -entrega- que se hace presente en "esta mujer superior" que es la mujer consagrada a Dios⁹.

Por eso, todo el misterio de la mujer está relacionado en última instancia con el misterio de María. La mujer no se puede explicar a sí misma, si no contempla a la Virgen. Solamente la Virgen María, que es

⁹ La mujer como madre encierra una profunda y sugerente relación con el Cristo de la Eucaristía. Por este sacramento Jesús en la figura del pan y del vino se hace "hijo" en el seno del hombre cristiano como alimento y alegría de su corazón. Allí El nace y crece continuamente para bien de toda la humanidad. La imagen y símbolo más rico de este misterio es la formación, gestación y crecimiento del hijo en el vientre de la madre y su nacimiento para gozo de la familia y promesa de un nuevo bien para la humanidad. Por eso San Pablo utiliza esta imagen al referirse a los que él trajo a la vida de la fe (Ver Gál.4,19; ITes.2,7). Sobre esto escribe sutil y admirablemente una teóloga brasileña: "Existe una dimensión de la mística cristiana en la cual la mujer emerge como sujeto privilegiado: es la identificación de su corporeidad con el sacramento de la Eucaristía. Se trata del significado estricto del sacramento como presencia real del cuerpo y sangre del Señor que, bajo la figura del pan y del vino, son dados al pueblo como alimento y bebida. Alimentar a otros con su propio cuerpo es la vía suprema que Dios mismo escogió para estar definitiva y sensiblemente presente en medio de su pueblo. El pan que repartimos y comemos y que profesamos al ser el cuerpo de Jesucristo, nos refiere al gran misterio de su encarnación, muerte y resurrección. Es su ser dado en alimento; es su propia vida hecha corporalmente una fuente de vida para los cristianos. Pero es la mujer quien tiene en su corporeidad, la posibilidad física de realizar la divina acción eucarística. Por todo el proceso de gestación, parto, protección y nutrición de nueva vida, tenemos el sacramento de la eucaristía, el acto divino por excelencia, sucediendo otra vez" (M. Clara L. Bingemer, *La mujer y la experiencia religiosa: una perspectiva*, inédito).

Sólo una madre que conoce y vive su maternidad espiritual puede sentir la riqueza de esta simbología cristiana. En esto es de especial importancia que lo sienta e irradie profundamente la religiosa, precisamente por ser mujer y haber renunciado a su maternidad carnal. Por su sola presencia que vive inspirada en esta "maternidad eucarística" hace un bien enorme al mundo de los hombres, sobre todo a los más necesitados de cariño y ternura natural, para recibir en su seno a Cristo como alimento y alegría de corazón. Es bien difícil que haya "eucaristía" sin ir al otro para "encarnarlo" a la manera como una madre cabalmente tal acoge en su seno al hijo como fruto del amor.

el símbolo-tipo de la Iglesia, le explica plenamente lo que realmente es ella para bien de la humanidad¹⁰.

En otras palabras, si uno se pregunta por qué en el mundo, desde que éste existe, hay mujeres que han querido casarse y no se han casado y hay mujeres que conscientemente han elegido el voto de virginidad en el estado laical, y otras que se han apartado de la estructura laical y se han consagrado a Dios en virginidad dentro de un instituto religioso, se ha de buscar la respuesta plena en el misterio de la encarnación del Verbo y de la virginidad perpetua de la Virgen Santísima y su maternidad divina. Allí se manifiesta el sentido fundamental de las mujeres consagradas a Dios. Y solamente en la medida en que ella comprenda la realidad de la presencia de ese misterio en su vida, vivirá en paz y sabrá dar un sentido a esa vida que voluntariamente consagró a Dios¹¹.

¹⁰ "Por otra parte, precisamente en la línea de esta economía de signos, incluso fuera del ámbito sacramental, hay que tener en cuenta la «femineidad» vivida según el modelo sublime de María. En efecto, en la «femineidad» de la mujer creyente, y particularmente en el de la «consagrada», se da una especie de «profecía» inmanente (cf. *Mulieris dignitatem*, 29), un simbolismo muy evocador, podría decirse un fecundo «carácter de icono», que se realiza plenamente en María y expresa muy bien el ser mismo de la Iglesia como comunidad consagrada totalmente con corazón «virgen», para ser «esposa» de Cristo y «madre» de los creyentes. En esta perspectiva de complementariedad «icónica» de los papeles masculino y femenino se ponen mejor de relieve las dos dimensiones imprescindibles de la Iglesia: el principio «mariano» y el «apostólico-petrino» (cf. *ibid.*, 27)" (Juan Pablo II, *Carta a las mujeres*, 20/6/1995, n. 11).

¹¹ Juan Pablo II describe delicadamente la misión de la mujer consagrada en el misterio de la Iglesia: "Las mujeres consagradas están llamadas a ser de una manera muy especial, y a través de su dedicación vivida con plenitud y con alegría, un signo de la ternura de Dios hacia el género humano y un testimonio singular del misterio de la Iglesia, la cual es virgen, esposa y madre... Es obligado reconocer igualmente que la nueva conciencia femenina ayuda también a los hombres a revisar sus esquemas mentales, su manera de autocomprenderse, de situarse en la historia e interpretarla, y de organizar la vida social, política, económica, religiosa y eclesial... En este contexto la mujer consagrada, a partir de su experiencia de Iglesia y de mujer en la Iglesia, puede contribuir a eliminar ciertas unilateralidades, que no se ajustan al pleno reconocimiento de su dignidad, de su aportación específica a la vida y a la acción pastoral y misionera de la Iglesia. Por ello es legítimo que la mujer consagrada aspire a ver reconocida más claramente su identidad, su capacidad, su misión y su

Cristo, "esposo" espiritual

El testimonio del Nuevo Testamento y de la tradición más antigua, aunque sea de una manera implícita, afirma que Jesucristo nunca contrajo matrimonio, nunca se unió con una mujer. El, que a nivel histórico es hombre, un hombre "para los demás", como cualquiera del género humano, elige para sí la vida virginal. Cristo escoge este estado por una razón que nace de la realidad misteriosa de su mismo ser personal. La fe afirma que en Cristo no hay persona humana, que Cristo es una persona divina que asume una carne, un cuerpo. Se manifiesta un cuerpo viviente que acciona y se expresa como un hombre, que se sujeta a los sufrimientos, al modo de ser del hombre. Con todo, la fe dice que ese hombre "histórico" no es una persona humana, en el sentido teológico y filosófico de la palabra, sino sólo una naturaleza humana que ha sido asumida, es decir hecha suya, por la misma persona divina del Hijo, la segunda Persona de la Santísima Trinidad.

El Verbo desciende de la tierra y se hace carne, se hace hombre. Si ésta es la realidad más íntima del ser de Cristo, de una u otra manera ha de ser expresada y manifestada, no solamente por lo que El dice, sino por el comportamiento peculiar que toma ese cuerpo. Este no se pertenece a sí, como el cuerpo natural forma parte de la persona humana, sino que pertenece a la persona divina. En ese cuerpo, para quien lo sabe contemplar con los ojos de la fe, se ha de descubrir una serie de signos que orientan en la comprensión un poco más profunda de ese misterio-clave de la fe cristiana que es la encarnación del Hijo de Dios. Esa Persona divina que se ha encarnado es el verdadero Hijo de Dios, el Hijo natural del Padre. Jesucristo es Hijo del Padre porque es el Verbo encarnado. Esta filiación que tiene con respecto al Padre es superior y trasciende completamente la filiación adoptiva y gratuita del hombre a la vida sobrenatural. Somos hijos de Dios por bondad de adopción: El es Hijo de Dios porque lo exige su misma persona divina. Esa diferencia de la filiación tiene que manifestarse en el mismo ser viviente del Señor: ese cuerpo humano, que no es una persona, ha de expresar en sí esa filiación especial, exclusiva, que tiene el Verbo con respecto a su Padre.

La humanidad de Cristo es una humanidad filial. La realidad humana de Cristo refleja, en todas sus actitudes, lo que es su filiación divina. Por eso tiene que ser una realidad humana completamente

responsabilidad, tanto en la conciencia eclesial como en la vida cotidiana" (*Sobre la vida consagrada*, n. 57).

peculiar, porque si fuese, en cuanto a su origen o en cuanto a su prolongación en la especie como la del hombre común, ya no estaría capacitada para reflejar ese misterio íntimo de su ser que es la filiación divina. Para que ese cuerpo viviente refleje esa filiación, el Señor, Verbo encarnado, no puede ser engendrado por un padre humano, no puede unirse a una esposa de carne, no puede tener un hijo carnal, porque si viniese de un padre humano y tuviese esposa e hijos carnales, entonces, no podría reflejar en su origen humano que El es el mismo Hijo de Dios hecho hombre. Pero al no originarse esa humanidad de Cristo de un padre humano, sino, de una manera misteriosa, de una mujer que permanece virgen; al no unirse matrimonialmente con ninguna mujer y al no tener ninguna perduración carnal en la historia, esa humanidad viviente, ese cuerpo de carne que vive, crece, sufre, muere y resucita, expresa la realidad divina de su ser personal. Es ésta la razón que lleva a Pablo a exclamar: "en él habita corporalmente toda la plenitud de la divinidad" (Colos.2,9)¹².

En cambio, la unión espiritual que Cristo realiza con los hombres, de ninguna manera impide la trascendencia de su personalidad divina, porque esta unión no significa ninguna mezcla de sangre, ninguna dependencia en el orden biológico con respecto a los progenitores, ni ningún dar a luz en ese mismo orden a los hijos. Por eso, Cristo puede ser llamado padre espiritual de todos los creyentes, porque ese título de ninguna manera hace desaparecer la trascendencia de su persona divina. Pero no se le puede decir padre, marido, ni hijo biológico, que supone de una u otra manera, la intervención de una persona humana, y el Señor es sólo una persona divina, una personalidad trascendente.

Cristo se revela en el Nuevo Testamento como esposo espiritual y da a conocer esa generación espiritual, que se realiza mediante la comunicación de la gracia, por el símil del matrimonio. El origen del hijo y su educación es el ejemplo sensible, concreto, de la misteriosa unión entre Cristo-Esposo y la Iglesia-Esposa, en la cual se genera el cristiano y se lleva adelante su educación espiritual. Ambas se realizan por Cristo, padre espiritual de todos los creyentes, en la Iglesia, madre espiritual de todos los vivientes. Y así se ha de entender ese texto tan profundo de la carta a los Efesios de Pablo (5.25-27,29-30): "Maridos,

¹² Por eso sólo Jesucristo es la imagen *plena* de Dios (II Cor.4,4) y como tal debe reflejar en su cuerpo humano como símbolo todo el misterio de su trascendencia divina. Ver E. Fabbri, *Alegría y trabajo de hacerse hombre*, Guadalupe, Bs. As., 1992, p. 34-35.

amen a su esposa como Cristo amó a la Iglesia y se entregó por ella, para santificarla. El la purificó con el bautismo del agua y de la palabra, porque quiso para sí una Iglesia resplandeciente, sin mancha ni arruga y sin ningún defecto, sino santa e inmaculada" (5,25-27,29-30).

Los casados representan en su unión matrimonial y en la educación de sus hijos esa acción que realiza Cristo con su Iglesia. El la fecundiza espiritualmente, la purifica de sus manchas y la va haciendo crecer, glorificándola, quitándole todas sus arrugas (sus defectos), para hacerla digna de constituir definitivamente su cuerpo pleno en los cielos (Cf. Efes.5,27).

La trascendencia de la persona de Cristo, Hijo de Dios, expresada por su humanidad filial, es una luz que ilumina también la maternidad virginal de su Santísima Madre. La humanidad del Señor, por ser totalmente un reflejo creado de su filiación natural divina, no puede tener un padre humano porque eso disminuye la trascendencia de su misterio. Si así no fuese, no se podría ascender de la reflexión sobre esta humanidad filial, creada, que es la de Cristo, a la percepción de su persona divina, única persona que hay en Cristo. Pero, por otro lado, la virginidad de María termina de explicar plenamente esta trascendencia. La Virgen es constituida madre del Señor, sin dejar de ser virgen; Ella muestra así que es posible la presencia del Hijo entre los hombres. Un misterio ayuda a entender más plenamente el otro. El misterio de la persona divina de Cristo hace entender un poco más el misterio de la maternidad virginal de María, y, al mismo tiempo, la virginidad maternal de María hace comprender un poco más la posibilidad de la encarnación del Hijo de Dios. Por otra parte esta virginidad maternal de la Santísima Virgen está demostrando que hay una virginidad superior que es fecunda; fecundidad en la fe empapada de caridad, propia de los que quieren unirse totalmente a Cristo. Es lo que Gertrud von Le Fort llama en su libro el misterio de la caridad, que engendra para Cristo hombres cristianos y los educa cada vez más en el amor del Señor. Cuanto más profunda es esta unión del cuerpo que se consagra a Dios en el mismo Cristo, más rica es su fecundidad. A mayor adhesión a Cristo en la entrega de su cuerpo por el voto de castidad, mayor maternidad espiritual, mayor influjo en la generación de nuevos hijos de Dios y mejor educación.

Relación conyugal misteriosa

La virginidad de María simboliza también de acuerdo a toda la tradición patristica, la virginidad de la Iglesia. Tiene que haber en ella varones y mujeres que se consagran en su cuerpo a Dios, porque la

Iglesia es virgen, y, siendo la virginidad una nota distintiva, tiene que aparecer representada, vivida, por alguno de sus miembros, porque, de lo contrario, no se podría comprender en qué consiste propiamente esa virginidad. En otras palabras, los que se consagran a Dios por el voto de castidad prolongan en la tierra la actitud que la Virgen María representa al ser virgen, esposa y madre, porque en Ella se recibe el fruto pleno de la salvación de los hombres, que es Cristo, el Salvador. Ahora bien, cada uno de los que se consagran a Dios en ese voto participan de ese engendrar a Cristo, alimentarlo, hacerlo crecer en los demás.

Por lo tanto, la mujer consagrada a Dios se siente invitada a ser un signo, en toda su manera de comportarse, de la santidad de la Iglesia, sobre todo en su aspecto de fecundidad espiritual. La santidad que persigue la mujer que se consagra a Dios; no es propiamente para su propio beneficio, eso viene como una consecuencia, sino para mantener siempre fecunda, y más pura y plena a la Iglesia.

A estas mujeres consagradas a Dios y que renunciaron, por amor a Cristo y por el bien de la Iglesia a la perduración carnal, les corresponde mostrar que la Iglesia es una madre que fecunda de una manera especial. En otras palabras, porque la Iglesia vive en una misteriosa relación conyugal con Cristo, ha de ser fecunda. Por eso, hay en ella mujeres que manifiestan en su cuerpo esta nota característica, absteniéndose de toda relación terrestre en su genitalidad, en sí perecedera, para mostrar un fruto que permanece para toda la eternidad.

Es verdad que esa relación conyugal misteriosa entre Cristo y su Iglesia no solamente vale para la totalidad de los fieles que la constituyen, considerados en su conjunto, sino también para cada uno de ellos en particular. Esta es la razón más profunda de la indisolubilidad del matrimonio cristiano: cada cónyuge debe pertenecer definitivamente al otro, como dice San Pablo (1Cor.7,4), porque ambos, en una sola carne, simbolizan esa unión fecunda, santificadora, que se da entre Cristo y la Iglesia. Ahora bien, es imposible admitir que se pueda dar un rompimiento entre Cristo y su Iglesia. Entre ellos se entabla un amor imperecedero, un amor que va más allá de la muerte. Cristo conquistó a la Iglesia con su sangre y la Iglesia, considerada en su totalidad, siempre le permanecerá fiel, aunque haya en su seno pecadores. Así el matrimonio cristiano, por ser símbolo de esa unión, ha de ser indisoluble. El representa la unión imperecedera de Cristo con su Iglesia. Por lo tanto, no cabe allí un rompimiento del vínculo, necesariamente se tiene que mantener inspirado en el amor.

Algo semejante se ha de afirmar de lo que se llama en la teología mística el matrimonio espiritual. Se ha de dar una reciprocidad total y mutua entre el cuerpo del que ha renunciado al matrimonio y el

Señor. Ese cuerpo en su totalidad por su consagración se ha entregado plenamente a Cristo y está orientado al servicio del Señor. Si realmente la mujer consagrada no se empeña en centrar en Cristo su corazón para que El la gobierne y dirija, se va a frustrar. Muchos desalientos y deficiencias de orden psíquico que germinan como hongos venenosos en la mujer consagrada a Dios, se deben, en el fondo, a no haber puesto sincero empeño en hacer de Cristo el centro-cabeza de toda su actividad y sobre todo de toda su afectividad. Si Cristo no toma el centro de ese corazón, la religiosa se desintegra en su femineidad; y ciertamente no es algo muy alentador tener que convivir con una mujer que se va deteriorando como tal. La virginidad está hecha para la caridad, así como el pulmón está hecho para el aire. Como el pulmón sin aire no funciona y trae consigo la muerte de todo el organismo, de la misma manera el voto de castidad no tiene sentido sin un intenso amor al Señor. El ha de ocupar totalmente el centro del corazón de la religiosa, para que desde allí gobierne y rija esa capacidad de afectividad, de intimidad acogedora, de receptividad activa y de amor sacrificado que son las características fundamentales del ser femenino, y que se han de manifestar en toda mujer consagrada a Dios.

La virginidad en la tierra simboliza a la Iglesia ya glorificada, aunque todavía no se la viva plenamente pues sólo se palpita y vislumbra en la intensidad de la fe empapada y penetrada de caridad. Aquí aparece la profunda relación entre virginidad y matrimonio cristianos. Ambos representan la unión íntima de Cristo con su Iglesia. El matrimonio simboliza la integridad, la plenitud, la ternura y originalidad de ese amor que Dios ofrece a los hombres. La virginidad significa, por esa misma renuncia a la vida matrimonial, la existencia de una unión mucho más íntima y trascendente que todo cristiano ha de tener con su Señor. La virginidad quita todo intermediario en esa unión, para que sólo Cristo ocupe plenamente el centro de la vida cristiana. Pero para que perdure ha de asumir las características eternas del matrimonio cristiano que van más allá de la entrega de sus cuerpos en este tiempo.

En efecto, el matrimonio y la familia cristiana no son una realidad puramente de este mundo. El sacramento les da un sentido trascendental. Por algo desde S. Juan Crisóstomo se llama a la familia pequeña iglesia en la carne (es decir, en la historia). Ella tiene la misión de simbolizar y testimoniar por la calidad de su vida en la tierra que la Iglesia celestial es una comunidad de vida y amor eternos en donde todos se reconocen como hermanos y hermanas y viven su fraternidad en la amistad; todos unidos en torno a su hermano mayor, el Señor Jesús (Rom.8,29). La familia cristiana, que se esfuerza por vivir en la dinámica de su fe, esperanza y caridad, recuerda a todos, y en especial

a los no casados por su llamado al celibato o porque no lograron casarse, que la futura sociedad celestial tendrá como característica la plenitud del amor que es la amistad. Y esto constituye un elemento esencial en aquellos que viven en comunidades con voto o compromiso de celibato. No hay en esta tierra verdadera virginidad cristiana, si el o la virgen no aprenden de las familias, que viven seriamente su amor, a practicar generosa y pacientemente la amistad por ser ésta una característica fundamental de la Iglesia celestial. Si la vida religiosa hace visible la Iglesia celestial en el seno de la Iglesia terrenal por el simbolismo de sus votos, al matrimonio y a la familia les toca hacer visible esa misma Iglesia celestial como una comunidad de mujeres y varones que viven en la plenitud de la amistad, por la forma como sus miembros la practican en la vida diaria. Para ello cuentan con la gracia sacramental de su matrimonio.

La sublime misión de los consagrados

La consagrada a Dios por este voto se une a Cristo directamente, y desde Cristo, ama a todo ese cuerpo de Cristo que es la Iglesia. Pero las características de ese amor total en toda su realidad concreta son simbolizadas por el matrimonio cristiano sacramental que vive su amor como lo describe Pablo: "El amor es paciente, es servicial; el amor no es envidioso, no hace alarde, no se envanece, no procede con bajeza, no busca su propio interés, no se irrita, no tiene en cuenta el mal recibido, no se alegra de la injusticia, sino que se regocija con la verdad. El amor todo lo disculpa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta. El amor no pasará jamás..." (ICor.13,4-8, ver también Rom.12,9-10; 13,8-10; ITes.5,13-22). El simbolismo del estado matrimonial permite comprender más ricamente lo que es la realidad profunda del estado virginal. Y la realidad profunda, comprendida en la fe, de este estado ayuda a los casados a penetrar más profundamente en la significación simbólica de su matrimonio¹³. Por eso afirma con aguda precisión Juan Pablo II: "La

¹³ J. Guittón en *Ensayos sobre el amor humano* indica acertadamente esta ayuda mutua: "Y en nuestros días no es raro ver establecerse nuevas relaciones entre la espiritualidad de la virginidad y la espiritualidad del matrimonio, donde, cada una, por una especie de ósmosis, se compenetra de las virtudes de la otra. Recuerdo que en una conversación en nuestro campo de prisioneros (durante la última guerra), un interlocutor casado decía a un sacerdote cuán útil resultaba el ideal del sacerdocio para comprender el significado del matrimonio, a lo que el clérigo respondía que nunca había comprendido mejor lo que era el

Iglesia confía mucho en las mujeres consagradas, de las que espera una aportación original para promover la doctrina y las costumbres de la vida familiar y social, especialmente en lo que se refiere a la dignidad de la mujer y al respeto de la vida humana... Les corresponde ser promotoras de un «nuevo feminismo» que, sin caer en la tentación de seguir modelos «machistas», sepa reconocer y expresar el verdadero espíritu femenino en todas las manifestaciones de la convivencia ciudadana, trabajando por la superación de toda forma de discriminación, de violencia y de explotación" (*Sobre la vida religiosa*, n.58).

El genuino estado virginal no puede encerrarse en sí mismo sino debe aprender de un matrimonio cristiano bien vivido a colorear de ternura y comprensión su entrega a Cristo y su actividad con todos los que actúa. A su vez el matrimonio ha de aprender de ese amor virginal que el juego de sus relaciones humanas ha de inspirarse en ese amor centrado en Cristo para que todo lo que nazca de sus sentimientos conyugales contribuya a perfeccionar el mundo en el amor y a completar la Iglesia con nuevos adoradores de Dios y nuevos servidores de Cristo.

El matrimonio simboliza la unión plena en la Iglesia de dos seres que se aman en el Señor; la virginidad recuerda que esa unión se realiza con un Dios-espíritu y que es primordialmente de un orden espiritual. La virginidad propone a los casados que no podrán llegar a una unión plena entre varón y mujer si no imitan, de acuerdo a la realidad de su estado, lo que enseña esa unión directa, superior, espiritual del hombre con Dios, propio del estado virginal. Por eso la

amor de Dios como en contacto con los esposos. Uno de los signos de nuestro tiempo es que lo que antes se oponía parezca conjugarse, por lo menos en su elevación" (p. 129). Y vuelve a insistir un poco más abajo en esta idea: "Si consideramos una vez más los estados de virginidad y matrimonio, que son las únicas soluciones posibles del amor humano, hay que reconocer que deben inspirarse mutuamente y fecundarse espiritualmente, pues si es verdad que la contemplación es superior a la acción y que el estado que la permite por sus ocios divinos está más de acuerdo con la vida ideal, debe recordarse también que la virginidad, por ser una sabiduría, tiene que participar del espíritu generoso que anima a los fundadores de hogares. Y por otro lado, para que un matrimonio sea verdaderamente digno del hombre, conviene que su fruto no proceda del impulso del instinto, sino de un deseo de transmitir y multiplicar el espíritu de una verdadera amistad por el ser" (p. 147). Y termina con un delicado verso de Coventry Patmore: "And wedded life, which not belie/The honourable heart of love/Are fountains of virginity" ("Y la vida del matrimonio que no traiciona el honroso corazón del amor, es la fuente de virginidad").

virginidad trasciende al matrimonio humano y a la división de los sexos, porque supera todas las formas naturales de comunión y de fecundación humanas. Va más allá de todo eso, pone al hombre en un plano trascendental, en un plano que el hombre ni siquiera hubiese imaginado con su propia reflexión y sus propios esfuerzos.

Los que se han consagrado a Dios son también fecundos, pero en un plano que se mueve por encima de lo puramente biológico. Ellos ejercitan plenamente esta fecundidad trascendente. Esa fecundidad superior no se da por el simple hecho de incorporarse al estado religioso o de hacer el voto de castidad. Da fruto, si realmente ese impulso que mueve a una persona a hacer el voto de castidad, no es el resultado de un temor a la vida y de los compromisos que supone por ejemplo el estado matrimonial, sino el efecto de una adhesión total de la capacidad de amar a Dios. Los consagrados por el voto de castidad quieren vivir el amor sin ninguna traba, sin ningún límite e impedimento, y lo logran cuando su amor humano se vuelca y se centra totalmente en Dios. Ese amor humano se hace ilimitado y universal, pues su dinamismo no es contenido por ningún apego humano. Por eso la virginidad cristiana es la sal del matrimonio cristiano, porque sazona el juego de los amores humanos con la sal superior del amor universal que es la caridad.

De ahí surge la necesidad de hacer un serio examen de conciencia, para ver si la religiosa vive su entrega a Dios en su cuerpo como Dios quiere, y tiene una noción clara y una formación segura de lo que ha sido esa entrega. Cuanto más conozca el significado y belleza de su don, más contribuirá de su parte a ser la sal del matrimonio¹⁴. No hay fecundidad superior a ésta, pero solamente entra en este plano aquel que ha sido llamado por Dios. Ahora bien, el que posee este don, lo ha de conservar en un espíritu de humildad y agradecimiento. Nunca se ha de cejar en comprender cada vez más la grandeza de la consagración de su cuerpo a Dios. Lo ha hecho para amar humana y sobrenaturalmente con más plenitud.

El estado de virginidad aparece como el don de la persona en su propia corporeidad para lograr una plena y total unidad de amor con Cristo. Es una entrega de toda la capacidad humana de amar a Cristo, para poder amar así más intensa, universal y espiritualmente a todos los hombres, que están llamados a integrarse y plenificarse en el cuerpo del

¹⁴ "Esta es la más sublime y envidiable fecundidad que el hombre puede anhelar, la que trasciende el plano biológico para entrar plenamente en el del espíritu" (Pío XII, *Alocución a los miembros del Congreso Internacional sobre la fecundidad y esterilidad humana*, 19/5/56).

Señor. Eso exige un conocimiento cada vez más vívido del significado de esa entrega. Esta se tiene que vivir no solamente en el plano específicamente religioso, sino también en el plano humano, incluyendo, por supuesto, el nivel fisiológico y psicológico, para que realmente cada uno, de su parte, contribuya con toda su capacidad reflexiva y adhesión amorosa a mantener siempre viviente ese don de su cuerpo viviente a Dios, a lo largo de toda su vida.

Por todo esto, la virginidad sólo tiene sentido y valor para el ser humano si se vive como un don, un servicio, una responsabilidad para con los otros y no se encapsula en el aislamiento.

El amor tiende por su misma esencia a expandirse, a manifestarse, a sembrar el bien en todas partes. Por eso, el que ha consagrado su amor humano a Cristo, no lo ha hecho para detenerlo en su dinamismo, sino para ejercitarlo más ricamente, poniéndolo al servicio del bien último de los hombres, llamados a vivir unidos en el Señor.

El amor va mucho más lejos y en una dirección mucho más rica y más profunda que la mera unión de los cuerpos en el estado matrimonial. Por eso, todos los psicólogos espiritualistas que han reflexionado sobre el misterio del estado virginal, han comprobado unánimemente que de ninguna manera detiene o impide el desarrollo completo de la personalidad humana. Solamente aquella persona virgen detiene ese crecimiento, si hace estéril esa unión con Dios. Esto acaece al no saber transferir todo el impulso vital, desencadenado normalmente en la pulsión sexual, al servicio de una misión superior. Esta tiene por fin ennoblecer al hombre, mejorándolo en su realidad humana y cristiana. Toda consagrada a Dios que vive así su entrega, sin duda se realiza plenamente también como mujer¹⁵.

¹⁵ "El hombre también, ya lo hemos visto, reconoce por sí mismo la importancia de la virginidad como condición necesaria para el cumplimiento de las misiones más nobles. La economía de fuerzas en un punto permite en los otros un desgaste más considerable. En este sentido la virginidad no limita, sino transfiere la potencia creadora; y no encontrando ya la potencia de amor de la mujer la ocasión de irradiar en su propia familia, se proyectará a la gran familia humana. La virginidad conoce, por lo tanto, un proceso del don de sí análogo al que la biología nos muestra en la maternidad carnal. La virgen que no puede ejercitar ya su fecundidad virtual en el plano de la gestación del hijo carnal, la pone al servicio de misiones concretas. La virginidad entra así en el plano de la maternidad espiritual. Por eso la virginidad dispone a la acción y libera en vistas a la acción. Es, por lo tanto, profundamente justo, que la mujer cuya fecundidad permanece vacante, se sienta apremiada a colaborar en la historia

La misión de la mujer virgen es sublime. Ella está libre para hacerse presente en aquellos momentos cruciales de la historia, en los que la humanidad implora la presencia de la mujer para sostenerla, ayudarla, sentirse espiritual. Así como Cristo se condicionaba en su realidad de hombre a través de la acción que en El realizaba su madre virginal, María; el cristiano se logra más plenamente en su realidad de tal, sobre todo en los momentos difíciles de sufrimiento, de persecuciones, de dificultades, con la presencia de la mujer. Por eso hay mujeres que, llamadas por Dios, se liberan de las exigencias de los vínculos conyugales y familiares para ser signo de una libertad humana que en Cristo se entrega plenamente a la gloria de Dios y al servicio de los hombres.

El hombre "trascendente", testigo de un mundo nuevo

¿Cuál es el sentido trascendente, dentro de lo posible, de ese símbolo viviente, dado por seres humanos, que se comprometen a ser célibes dentro de la Iglesia de esta tierra? El estado religioso en la Iglesia es un estado que por su misma esencia tiende a significar en la tierra que la vida cristiana es un segundo nacimiento¹⁶. Esto incluye no solamente recibir un nuevo ser como un don gratuito que Dios da a través de su Hijo hecho carne, sino también un crecimiento en ese ser, que se puede llamar nacido de arriba, y, porque viene del cielo, se llama superior. Así como la adultez fisiológica y psicológica se manifiesta a través de los comportamientos que nacen del espíritu y se manifiestan en el cuerpo, ese "ser superior" también tiende a darse a conocer a través de toda la realidad compleja bio-psíquica y espiritual que constituye al hombre. En otras palabras, ese hombre, rescatado en el tiempo por el amor de Dios, comienza ya a vivir misteriosamente en la eternidad, en donde alcanza su verdadera y definitiva vocación. Tal vivir en la eternidad, fruto del germen bautismal, es una verdadera vida que, si se responde libremente a ella, va quitando cada vez más las trabas que

y en la cultura viviente de su pueblo" (Gertrud von Le Fort, *La Femme éternelle...*, p. 43).

¹⁶ "Querer ser santo es querer no amar más que a Dios, consagrar totalmente su corazón a Dios, no tener otro objeto de ocupación y de esfuerzos que Dios. La pobreza, la castidad, la obediencia que profeso las empleo, las hago servir a la prosecución de la perfección, al ejercicio cotidiano y único del amor de Dios, al puro servicio de Dios" (P. Nicolas O.P., *La perfection chrétienne dans l'état religieux*, Paris, 1948, p. 20).

todavía mantienen preso al hombre viejo y obstaculizan el dinamismo sobrenatural de esa nueva vida.

Ahora bien, el estado religioso manifiesta a través de toda su estructura, consciente y libremente aceptada, que va desde las disposiciones más íntimas de ese varón o de esa mujer consagrados a Dios hasta los elementos a primera vista más pasajeros e insignificantes, -como una vestimenta determinada-, una actitud concreta diferente de querer vivir como signo de una nueva vida y de una original plenitud que anticipa lo que todo cristiano gozará en el cielo. Aquí solamente la significa, no la vive todavía plenamente; pero ese símbolo brota de una realidad ya aceptada y correspondida con generosidad y paciencia que va a manifestar toda su riqueza en la plenitud final. En otras palabras, la presencia del orden religioso en la tierra es un testimonio viviente dado a todos los hombres, de que la Iglesia no es de este mundo aunque esté en él. Ella es en su realidad más íntima la unión definitiva, imperecedera en el amor con el Padre por Cristo en el Espíritu. Esta es la esencia más profunda del estado religioso, y como tal nunca desaparecerá en la Iglesia de la tierra; la cual no es tanto una realidad cerrada en sí como una apertura hacia la Iglesia de los cielos. La Iglesia de la tierra es una pascua, es decir, un continuo pasar al Padre por Cristo en obra de su Espíritu. Toda la vida del religioso es un símbolo de esta consoladora realidad.

El fin esencial de la vida religiosa, dentro de la cual se pueden englobar sus variadísimos institutos, es simbolizar en todas sus actitudes, el misterio de la Iglesia de la tierra como esposa-virgen del Señor, para ser espiritualmente madre fecunda de vivientes. Este símbolo corresponde propiamente más bien al estado religioso femenino, pues la mujer, por su figura corporal, es capaz de ser esposa y puede llegar a ser madre. Utilizar como símbolo las mismas características encarnadas de este espíritu femenino no es poner un sexo en el mismo Dios, sino explicar el significado religioso profundo que tiene la misma sexualidad humana. La mujer que renuncia a casarse y a tener hijos y se consagra a Dios simboliza la actitud de la Iglesia como esposa de Cristo para ser espiritualmente fecundada por El y "educar" en El la "vida interior" de los hombres para que éstos vivan más abundantemente, como dice San Juan en su Evangelio (10,10). El estado religioso femenino simboliza la acción fecundante de la fe, inspirada en la esperanza y empapada de caridad, que tiene su fruto invisible, nacer y crecer en el seno de la Iglesia. Es un fruto espiritual, simbolizado por el fruto carnal, que brota de la santa y pura unión del varón y la mujer en el matrimonio cristiano. Por eso, uno no debe extrañarse que Jesucristo y San Pablo utilicen una terminología sacada de las relaciones entre ambos sexos cuando quieren

explicar la acción fecundante del cristiano que está unido con el Señor: "Todavía estaba hablando a la multitud, cuando su madre y sus hermanos, que estaban afuera trataban de hablar con él. Alguien le dijo: «Tu madre y tus hermanos están ahí afuera y quieren hablarte». Jesús le respondió: «¿Quién es mi madre y quiénes son mis hermanos?». Y señalando con la mano a sus discípulos, agregó: «Estos son mi madre y mis hermanos. Porque todo el que hace la voluntad de mi Padre que está en el cielo, éste es mi hermano y mi hermana y mi madre»" (Mt.12,46-50).

Jesucristo se refiere a una especial maternidad que se tiene con El, para engendrar en la fe, para alimentar en ella a todos los hombres. Lo que hace la madre con el hijo lo ha de hacer el cristiano con Cristo: darlo a luz, alimentarlo, sostenerlo en el corazón de todos. La misma idea aparece en el evangelio de San Lucas: "Cuando Jesús terminó de hablar, una mujer levantó la voz en medio de la multitud y le dijo: «¡Feliz el seno que te llevó y los pechos que te amamantaron!». Jesús le respondió: «Felices más bien los que escuchan la Palabra de Dios y la practican»." (Lc.11,27-28).

La maternidad biológica es puesta como símbolo de una maternidad superior, espiritual; la maternidad de la fe, la maternidad de la santidad.

Esta unión, virginal por su pureza y fecunda por sus frutos de contenido totalmente espiritual, consiste en la misma fidelidad a Dios, en una vida de fe cada vez más intensa. Esta fe, empapada de esperanza e impregnada de caridad, tendría que orientar todo el ser del hombre. Si no siempre se da, no se debe a que la fe carezca de un dinamismo llamado a penetrar toda la realidad humana, sino porque el hombre es débil y de una u otra manera, aunque no llegue a una falta grave, pone obstáculos a ese dinamismo. Dios nunca queda corto de parte suya; es el cristiano el que no se deja dominar plenamente por su amor, que es el alimento de la fe. Todo en el cristiano tendría que nacer de esa fe en Cristo, de ese amor a esa persona.

La Iglesia, esposa virginal

La Iglesia se hace esposa virgen creyendo en la palabra de Dios; se hace madre comunicando esa fe que ella tiene en Dios y engendrando a los hombres en Cristo poniéndolos en esa misma actitud que ella muestra frente a Dios. En este aspecto, la entrega plena del cuerpo viviente a Cristo, apartándolo de las fuentes de una vida puramente de esta tierra, es el signo más rico, más expresivo -para el que lo sabe

entender- de esa superior fecundidad de la fe, que engendra la vida de la gracia sin la colaboración de ningún elemento terrenal.

La esencia más íntima de la Iglesia es su virginidad; y ésta es fecunda, porque en la Iglesia nace el cristiano a semejanza de su cabeza, Cristo. El Señor hecho un miembro de la estirpe entra en la historia de los hombres partiendo de un hecho histórico que sólo se acepta en la fe: nace de una madre virgen que se mantiene íntegra en el encarnar y dar a luz al Verbo. Por eso, la acción fecundante de la fe, totalmente espiritual, trasciende toda categoría carnal de paterno-maternidad. Es una paternidad y maternidad trascendente cuyo símbolo es la física, pero cuya realidad está más allá de lo que puede entender la razón puramente humana librada a su propia reflexión.

Se necesita del alimento de la fe para aceptar esta maternidad y paternidad espiritual. Así se explica que San Pablo llame hermanos a los mismos que él dice haber engendrado y ser su padre en la fe. En esa participación mutua en las características de fraternidad, de maternidad y de paternidad en el plano espiritual, cada cristiano es hermano de aquellos mismos a quienes ayuda para crecer en el amor de Dios. Por su santidad los cristianos en Cristo y por El engendran y hacen crecer en la fe a los que quieren escucharlos. Al mismo tiempo, se hacen sus hermanos, pues ellos a su vez responden con una misma actitud porque todos están llamados a un mismo fin: "En todo esto, *hermanos*, les puse mi ejemplo y el de Apolo a fin de que aprendan de nosotros..." (ICor.4,6). Llama hermanos a aquellos mismos que él ha estado evangelizando, y que, por lo tanto, considera sus hijos: "No les escribo estas cosas para avergonzarlos, sino para reprenderlos como a *hijos míos* muy queridos. Porque, aunque tengan diez mil preceptores en Cristo, no tienen muchos *padres*; soy yo el que los ha engendrado en Cristo Jesús mediante la predicación de la Buena Noticia. Les ruego, por lo tanto, que sigan mi ejemplo" (ICor.4,14-15).

Aparece el aspecto de paternidad espiritual del apóstol. San Pablo se presenta como padre de estos discípulos cristianos de la Iglesia de Corinto, que él engendró a la fe por la predicación de la palabra. Y escribe en otra carta: "Les ruego, hermanos, que se hagan semejantes a mí, como yo me hice semejante a ustedes... ¡Hijos míos, por quienes estoy sufriendo nuevamente los dolores del parto hasta que Cristo sea formado en ustedes!" (Gal.4,12 y 19). San Pablo se presenta bajo la imagen de la maternidad, pues les recuerda las tribulaciones y dolores que tuvo que afrontar para darlos a luz, comparándose a una madre que da a luz a su hijo. Por último afirma: "Ustedes saben muy bien, *hermanos...*" (ITesal.2,1). Los llama hermanos, y de ellos mismos dice: "...si bien, como Apóstoles de Cristo, teníamos el derecho de hacernos valer.

Al contrario, fuimos tan condescendientes con ustedes, como una madre que alimenta y cuida a sus hijos. Sentíamos por ustedes tanto afecto, que deseábamos entregarles, no solamente la Buena Noticia de Dios, sino también nuestra propia vida: tan queridos llegaron a sernos." (ITesal.2,7-8). El apóstol se compara con la acción de la madre que educa mediante su ternura, que es la característica fundamental de toda maternidad, a sus hijos, los fieles de la Iglesia de Tesalónica para que crezcan en la fe. Lo mismo aparece en esa breve epístola donde recomienda a un cristiano, el esclavo Filemón, que se convirtió a la fe: "Te suplico a favor de mi hijo Onésimo, al que engendré en la prisión" (v.10). Resalta claramente la paternidad superior, propia de la acción de la fe, que produce ese nuevo nacimiento en este esclavo. Y en el versículo 16 dice lo mismo: "No ya como un esclavo, sino como algo mucho mejor, como un hermano querido". Ese mismo que Pablo engendró en la fe es su hermano, porque ambos participan de la misma vida divina y están llamados a una misma unión con Dios.

Ahora bien, hasta que Dios llegue a ser todo en todos, conforme a la frase de San Pablo (ICor.15,28), el varón y la mujer no sólo existen como realidades concretas y peculiares en el mundo, sino también ambos intervienen en forma específica, con su propia diferenciación humana, en el cuerpo de Cristo, la Iglesia, que se va formando. En ese crecimiento superior que recibe la Iglesia a través de la acción de sus miembros, de una manera interviene el varón y de otra la mujer. Ni mujer ni varón tienen que despojarse de sus características íntimas, peculiares, para hacer crecer ese cuerpo, sino que las han de ejercitar en un plano superior que trasciende el puramente humano del varón y la mujer. Esta realidad está más allá de lo biológico, y de lo psicológico. Sólo se comprende en la luz de la fe. Pero en la medida en que se entiende, se reconocen todos los datos de la complexión humana como signos creados de esa realidad superior.

Por eso, no es nada raro que se den diferencias en la manera como el varón y la mujer ejercen esta acción espiritual en la Iglesia. No se ha de olvidar que esta acción la ejercita la mujer primordialmente en el plano de la maternidad, pero también tiene cierta participación en la paternidad, porque la mujer puede ser ministro de dos sacramentos, el del bautismo y el del matrimonio; y el varón también participa con su aspecto peculiar en esta maternidad espiritual puesto que ésta es patrimonio de todos, pero ejercita más primordialmente la paternidad, porque representa a Cristo como *Espíritu vivificador*, así como la mujer lo simboliza como *Espíritu animador*.

Es el plano de la santidad lo que propiamente quiere reflejar de una manera visible el estado religioso. Por eso este estado en que hay

varones y mujeres, no sólo es un comenzar en el tiempo a trascender el sexo y llevarlo más allá de sus exigencias puramente biológicas y espontáneas. Es, sobre todo, una trascendencia que de ninguna manera quita lo peculiar del varón y de la mujer, que se da en ambos sin que exija el acto de la reproducción biológica. Tales características ya no tienen por fin manifestar una afinidad puramente psicológica con el otro, en forma especial con el otro del otro sexo, sino a servir amorosamente con todo lo típico y peculiar de cada género a Cristo que vive en uno y que vive en los otros.

En tal estado el afecto humano se beneficia en sí mismo al consagrarlo a Dios. Cuanto más grande y puro es ese amor, tanto más se hace mucho más universal, delicado, fino y tierno. El amor humano del consagrado o consagrada expresa el amor universal divino, porque se compromete a amar a Cristo que vive en los hombres y al amar a ese Cristo que quiere entrar, crecer y formarse en ellos, ama al hombre con tierna y respetuosa comprensión.

Este amor superior no se da como una realidad plena el día en que uno dice "sí" al llamado de Dios. Es el fruto de un sincero esfuerzo inspirado y sostenido por la gracia. Tiene también sus enemigos que a menudo se alimentan de la tensión en que puede quedar lo orgánico y lo psicológico de un varón o de una mujer que se han consagrado en cuerpo y espíritu a Dios. Apenas comienza a debilitarse ese amor a Cristo que es el móvil último de la entrega a Dios en el estado religioso, todo lo defectuoso, que todavía queda en la afectividad por no estar completamente purificada, va predominando y desviando al consagrado de su misión. El religioso o la religiosa que se descuida en el amor de Dios no sabe amar a los hombres. Ellos son el fermento del amor fraternal en la humanidad pero para serlo han de tener su rostro orientado hacia el Señor en el cual habrán de hallar a todos los hombres. Y no se llega a esa actitud, sin un verdadero proceso de purificación del amor humano.

El consagrado a Dios mediante el celibato ha de renunciar a la tendencia, en sí natural y legítima, a formar pareja con el otro sexo. Renuncia costosa porque la tendencia es fuerte y puede disimularse externamente con ropajes engañosos. Por eso, hay que saber renunciar plena, consciente y generosamente a ese gran bien que es la unión carnal, psíquica y humana con el otro sexo por medio del matrimonio cristiano. Esto, además, trae consigo la renuncia de muchas cosas que aunque en sí legítimas, no son convenientes por razón de este estado: "Todo me está permitido -decía San Pablo- pero no todo es conveniente" (ICor.6,12).

Esta actitud incluye la renuncia a las relaciones de exclusividad afectiva con las personas de otro sexo. La razón es obvia; tal tipo de contacto es el camino natural a un amor de unión matrimonial, a la que ha renunciado libremente el célibe. Tal tipo de relación "divide" también al corazón del varón y de la mujer consagrados a Dios.

La renuncia, por lo tanto, a la búsqueda de una relación exclusivamente afectiva con el otro género ha de ser hecha con gran libertad de corazón y con clara conciencia de que se está renunciando, por puro amor de Dios, a valores humanos grandemente significativos.

Es cierto, que el consagrado a Dios, varón o mujer, ha de aspirar, como todos, a la armonía equilibrada de sus cualidades para no permanecer inmaduro en su plano humano y psicológico; pero para esto no se requiere absolutamente la unión exclusiva con el otro sexo. Es verdad que la ausencia de esto puede llevar a algunos al deterioro de su ser psicológico, pero si conoce y valora rectamente el significado humano y teológico de la mujer y el varón en el plan de Dios y se esfuerza en mantener un trato familiar con Dios por la oración y el ocuparse en los intereses divinos, se revestirá de un amor cada vez más pleno y universal, que le enseñará el oportuno y humano trato con todos, conforme a su vocación.

Por supuesto que esta renuncia no excluye la colaboración afectuosa con el otro género para el logro de grandes fines en la edificación del cuerpo de Cristo. El vínculo de unión en esta obra es el mismo amor de ambos para con Dios. Lo fundamental es ser plenamente sincero consigo mismo, y dejar que sea *un sentimiento superior en caridad* lo único que rijas las actitudes del corazón humano frente al otro sexo.

Iglesia, la vida consagrada y el misterio trinitario

En el cielo todos serán *uno*, por esa unión íntima que se alcanza con Dios, sin dejar de ser lo que uno es. Nunca se pierde la propia personalidad, que no es solamente una realidad espiritual, sino una realidad manifestada a través de una estructura psíquico-corporal. La personalidad es todo lo que uno es. Ahora bien, esa realidad misteriosa es simbolizada en la tierra por el estado religioso que, por eso mismo, está constituido por cristianos de ambos géneros. Estos se comprometen a vivir en un plano trascendente para significar esa unidad en lo múltiple, que se vivirá plenamente en la Iglesia celestial (ver ICor.12,12-13; Gal.3,28; Colos.3,11). Ambos sexos son llamados por Dios a la vida religiosa para significar, anticipándolo por la fe en la tierra, esa realidad última del cuerpo glorioso del Cristo total. Este estadio definitivo se dará

con la resurrección de la carne. Ahora bien, ese Cristo total, cuando llegue a su plenificación divina, será un reflejo pleno, completamente diáfano, transparente, de lo que es la íntima y plena unidad divina en una trinidad de personas. Dios en uno que es tres. El Cristo total es uno que son muchos, reflejando la multiplicidad de la misma esencia divina. Y en este misterio varón y mujer consagrados a Dios reflejan visiblemente, cada uno *en su propia peculiaridad*, la Iglesia "hecha trinidad-en-la-unidad", por el amor inefable y sin límites de Dios, plenamente revelado en su Verbo hecho carne.

La Iglesia participa de la vida trinitaria. Por eso mismo, ha de ser una, como la esencia divina, y ha de ser múltiple como las tres personas divinas. Este reflejo misterioso de la Trinidad en la Iglesia de la tierra aparece visiblemente en el estado religioso que, por una parte es una expansión de vida a través de peculiaridades y caracteres tan policromados como el del varón y el de la mujer y, por otra, unifica a ese varón y a esa mujer en un plano superior, que hace que ambos sin dejar de ser lo que son se revistan cada vez más de las características positivas del otro.

La vida divina da eternamente lugar a tres Personas, realmente diferentes entre sí, a pesar de ser un solo Dios; pero esa diversidad, ese número que hay en el misterio divino cuando se considera la persona, deja de ser número cuando se mira a la misma esencia divina; porque ésta es única, porque el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo son un solo Dios y no tres dioses. Es la viviente paradoja de la fe: tres que son uno; uno que es tres. Esa vida de expansión, dentro del seno trinitario que da eternamente lugar a las tres personas; es como la diástole del corazón divino. La que trae siempre consigo un movimiento correlativo de sístole... es decir una contracción de ese mismo corazón, un movimiento de recogimiento. Tienden siempre a ser uno, y no solamente tienden sino que lo son.

Este doble movimiento de don (propio de la multiplicidad) y de interioridad (propio de la unidad) es la ley misma de la vida eterna, y es también de la Iglesia que, participando de la Trinidad, es a la vez misión y contemplación. (Es a la vez muchos y a la vez uno).

El misterio del Cristo total constituido por muchos, símbolo creado que refleja la pluralidad de personas en Dios, está dado por los cristianos. Su unidad, reflejo de la unicidad total de Dios, está dada por el ser todos *uno* en Cristo. Ahora, bien esto lo expresa visiblemente en la Iglesia de la tierra primordialmente el estado religioso, donde varón y mujer tienden a ser uno sin dejar de ser dos. Ambos mantienen todas sus peculiaridades con una tendencia a la unificación, pues se van revistiendo cada vez más de las características espirituales del otro sexo,

manteniendo el énfasis siempre puesto en el aspecto masculino o femenino para representar visiblemente esa realidad misteriosa de la misma Santísima Trinidad. Y por esa unidad lograda en Cristo por el ejercicio del amor fraternal expresan en la historia de los hombres un nuevo tipo de solidaridad nacido del misterio de la Trinidad divina¹⁷.

La mujer consagrada a Dios ha de estar plenamente convencida que la vida religiosa no sólo respeta todas sus características femeninas, sino que también le ofrece un significativo medio para llevarlas a su plenitud. La religiosa, en sí, tendría que ser *mujer* en el pleno sentido de la palabra porque es la mujer propia del reino de los cielos. O aún mejor, "mujer-en-un-sentido-superior", es decir "mujer-como-nacida-plenamente-de-arriba", como lo permite suponer la línea dinámica del pensamiento de Juan y de Pablo. Ella anticipa ya en la tierra ese tipo superior de mujer que será la mujer del último tiempo, la mujer glorificada en los cielos. Y lo mismo se puede decir del consagrado a Dios, manteniendo sus peculiaridades de varón.

Iglesia y santidad

La misión fundamental del estado religioso en la Iglesia de la tierra es simbolizar la santificación de esa misma Iglesia, de sus miembros, mediante la práctica de la santidad. El estado religioso manifiesta visible y orgánicamente que el cristiano santifica en la medida en que él es santo, y que la Iglesia, por ser santa, hace santos a los demás. El estado religioso expresa la maternidad espiritual de la Iglesia a través de su organización y su actividad.

Esta maternidad la ejercita la Iglesia en su realidad histórica de una manera bivalente: de un modo masculino y de un modo femenino. De ahí que se puede hablar, con toda propiedad, de una maternidad espiritual masculina y de una femenina. La primera, propia del varón que santifica; la segunda, propia de la mujer cristiana que se entrega generosamente a Dios. De hecho ningún ser humano produce la gracia en la Iglesia, ésta es producida por Dios mediante el cuerpo viviente y vivificante de Cristo que comunica su Espíritu. Pero la gracia se derrama en el seno de la Iglesia que en sus miembros condiciona, mediante su

¹⁷ Concisa y agudamente lo declara Juan Pablo II: "Con la constante promoción del amor fraterno en la forma de vida común, la vida consagrada pone de manifiesto que *la participación en la comunión trinitaria puede transformar las relaciones humanas*, creando un nuevo tipo de solidaridad" (*Sobre la vida consagrada*, n. 41).

propia santidad, la entrega de ese don divino y el crecimiento en él. Este aspecto femenino-conyugal, superior por supuesto, de todo miembro de la Iglesia con respecto a Cristo para la salvación de los hombres se basa en esa misteriosa expresión de San Pablo: "yo estoy celoso de ustedes con el celo de Dios, porque los he unido al único Esposo, Cristo, para presentarles a él como una virgen pura" (II Cor. 11,2). Aquí se expresa la idea de la maternidad espiritual de todos los miembros de la Iglesia. Esta por su predicación, su exhortación, por toda esa serie de auxilios espirituales que tiene para santificar a los hombres, los va uniendo cada vez más íntimamente con Cristo como virgen pura. Y esa purificación interior, cada vez más intensa, que produce la unión con Cristo, que es el único varón en este planteo superior del misterio de la Iglesia, trae consigo un fruto, no solamente personal para aquel que se une con El, sino para ese Cuerpo del cual uno es miembro. Son los santos los que testifican la salvación y hacen crecer en santidad a la Iglesia. Si no hubiese santos, la Iglesia perecería. La Iglesia vive por sus santos que son los que visualizan el fruto de sus sacramentos, de sus medios de santificación¹⁸.

¹⁸ Karl Rahner hablando del sacerdocio común de todos los fieles a ser santos dice: "Los católicos no podemos ser donatistas. Pero de puros antidonatistas y objetivistas corremos a veces el riesgo de olvidar la verdad católica de que, pese a todo institucionalismo y todo *opus operatum*, pese a toda palabra objetiva, son los santos los que sostienen la Iglesia. Decir esto no es atentar contra Dios y su invulnerable poder. Porque es El quien otorga a los santos su santidad. El ha dicho que su Iglesia será siempre santa, la Iglesia de los santos. Y esta santidad, el corazón ardiente, el amor desinteresado, la heroica entrega de los corazones, la divina impaciencia, la noche oscura del dolor divino, la caridad sonriente para con los hermanos pobres, todas estas glorias de la Iglesia no son de menor importancia, menos constitutivas suyas, que la verdad infalible y la objetiva santidad de los sacramentos. En definitiva, todas estas objetividades se dan, para que existan las subjetividades de los venturosos corazones amantes. Y en el día del Juicio veremos que, de todas estas objetividades, sólo será acumulado en los eternos graneros de Dios lo que penetró en los corazones, la verdad y la caridad realizadas, asimiladas, vividas; no la caridad como exigencia y como ley, sólo como beatitud; la verdad, no como enunciado *-in umbris et imaginibus-* sino como verdad interior del hombre divinizado. Y de ahí, que Dios no haya prometido a la Iglesia de Cristo tan sólo que el error no prevalecerá contra ella. La promesa se extiende también a la caridad custodia de las últimas verdades" (*Sacerdote y poeta*, ensayo preliminar al libro de poesías de J. Blajot *La hora sin tiempo*, Flors, Barcelona, 1958, p. 32).

De ahí la exigencia que experimenta todo cristiano, por lo menos remota, de encarar seriamente su santidad. Ahora bien, los que han de simbolizar esta verdad de fe, que en sí es interior, en la Iglesia (es decir, su maternidad espiritual), son aquellos que por su total consagración a Dios en una típica estructura de vida, lo pueden representar de una manera plena en el campo externo, en donde siempre se ha de dar el símbolo de la Iglesia como madre espiritual del los hombres. Esto está simbolizado por la mujer consagrada a Dios. Sólo la mujer por su realidad bio-psíquica puede ser símbolo de cualquier tipo de maternidad. Por eso, es la mujer la que en la Iglesia mantiene visible el símbolo de ser Ella madre espiritual de todos los vivientes.

Al renunciar a las estructuras de esta tierra: la propiedad, la familia, la independencia por los votos de pobreza, de castidad y de obediencia, se incorpora a una estructura trascendente cuyo fin como tal es anunciar el establecimiento del reino de Dios en la tierra. Es el estado religioso. Por lo tanto, este estado, sobre todo el femenino y contemplativo, enseña así *visiblemente* que la Iglesia sin necesidad de actividad puramente exterior puede encarnar a Cristo en los demás y puede hacerlo crecer. Por su santidad se va construyendo a sí misma como cuerpo de Cristo, hasta llegar a su medida de plenitud, que será cuando Cristo la venga a buscar.

Por supuesto esto trae consigo que la religiosa consagrada a Dios tome plena conciencia de lo que significa su misión de símbolo en la Iglesia. Esta "mujer superior" mediante la fidelidad a lo propio y típico de su estado religioso, en el Instituto determinado al que Dios la ha llamado, tiene que esforzarse para que realmente ese símbolo, que ella ha escogido por invitación de Dios se manifieste a través de todo su porte y actitudes en toda su manera de ser. Esa presencia concreta existencial de todos los días de la religiosa, ha de revelar, para el que quiera ver, una señal clara de esa maternidad espiritual superior de la Iglesia de Cristo.

El estado religioso y la realidad eclesial

Todas las notas distintivas de la Iglesia han de ser visibles en los miembros que constituyen su cuerpo. Ella está formada en esta tierra por hombres que "han llegado a ser un espectáculo para el mundo, para los ángeles y para los hombres" (I Cor. 4,9). La afirmación de la santidad de la Iglesia en el Credo es una característica fácilmente discernible, porque pasar de una manifestación de santidad a detectar la presencia de Dios es una inferencia simple y directa al alcance de todos los hombres de buena voluntad. Baste evocar la imagen de Teresa de Calcuta. En esta

manifestación de santidad que es la Iglesia a lo largo de su historia, las realizaciones del estado religioso ocupan un lugar de predilección. Las comunidades religiosas están invitadas a ser para los hombres como parábolas vivientes del Reino de Dios.

Aún desde un punto de vista meramente periférico las instituciones de la vida religiosa aparecen como las realizaciones más libres y genuinas del espíritu de la Iglesia en el plano de sus expresiones sociológicas... Es verdad que la Iglesia es una institución divina que posee energías espirituales, "venidas de lo alto" (Mt. 16,17-18), pero está formada por hombres que hacen historia. En esa existencia ella pone su inspiración y el sello de su genio propio junto al claroscuro de sus errores y pecados. Dentro de una dinámica tan compleja la aparición de mujeres y varones que se consagran a Dios y viven en comunidad, practicando los votos de religión -pobreza, castidad, obediencia- es un compromiso y a la vez un símbolo de anticipar en la fe la Iglesia celestial en la que toda la humanidad fiel vivirá totalmente plenificada en el Señor. Tales cristianos se entregan así, sin renunciar a su libertad, al total servicio de Dios en la Iglesia por la oración, el estudio, el trabajo y la acción pastoral. Se comprometen a no formar familia y a no tener algo como propio para ser más desapegados y desprendidos frente a lo que el Señor les quiera pedir. Por eso mismo aceptan buscar en todo la voluntad del Señor poniéndose a su escucha a través de sus superiores eclesiales.

Juan Pablo II describe con toques claros y delicados esta misión de la vida religiosa en el cuerpo de la Iglesia peregrinante que llama originalmente una "terapia espiritual": "Los consejos evangélicos no han de ser considerados como una negación de los valores inherentes a la sexualidad, al legítimo deseo de disponer de los bienes materiales y de decidir autónomamente de sí mismo. Estas inclinaciones, en cuanto fundadas en la naturaleza, son buenas en sí mismas. La criatura humana, no obstante, al estar debilitada por el pecado original, corre el peligro de secundarlas de manera desordenada. La profesión de castidad, pobreza y obediencia supone una voz de alerta para no infravalorar las heridas producidas por el pecado original, al mismo tiempo que, aún afirmando el valor de los bienes creados, los *relativiza*, presentando a Dios como el bien absoluto. Así, aquellos que siguen los consejos evangélicos, al mismo tiempo que buscan la propia santificación, proponen, por así decirlo, una «terapia espiritual» para la humanidad, puesto que rechazan la idolatría de las criaturas y hacen visible de algún modo al Dios viviente" (*Sobre la vida consagrada*, n. 87).

La vida religiosa comunitaria es, junto con la Palabra divina, los Sacramentos y la Jerarquía, un signo de la Iglesia como realidad social

y pública, establecida en el mundo en virtud del derecho que tiene Dios de afirmar e instaurar su Reino como El disponga. Esta vida religiosa es un elemento de la exigencia hacia la plenitud de la resurrección que la Iglesia afirma y promulga en el mundo. En este sentido, el estado religioso es de origen divino, no en tal o cual de sus formas históricas, sino en su principio esencial¹⁹. Se deriva de la trascendencia de la Iglesia con respecto al mundo y de la libertad que tiene todo cristiano de desprenderse de lo terrenal para afirmar el reinado espiritual del fin de los tiempos. El estado religioso es así signo eficaz del Reino de Dios que purifica la inmanencia de estos mundos temporales de todas sus absolutizaciones y los prepara para la trascendencia de un cielo y una tierra completamente originales. En el cielo de la fe cristiana ya no existirá la propiedad privada, ni habrá perduración carnal a través del matrimonio, ni sumisión de obediencia a superiores jerárquicos porque allí "Dios será todo en todos" (ICor.15,28)²⁰.

¹⁹ "...la profesión de los consejos evangélicos *pertenece indiscutiblemente a la vida y a la santidad de la Iglesia*" (C.V.I.L.G. n. 44). Esto significa que "la vida consagrada, presente desde el comienzo, no podrá faltar nunca a la Iglesia como uno de sus elementos irrenunciables y característicos, como expresión de su misma naturaleza" (Juan Pablo II, *Sobre la vida consagrada*, n. 29) "En su conjunto (la vida consagrada), bajo la acción siempre nueva del Espíritu, está destinada a continuar como testimonio luminoso de la unidad indisoluble del amor a Dios y al prójimo, como memoria viviente de la fecundidad, incluso humana y social, del amor de Dios" (Ibid. n. 63).

²⁰ Karl Rahner presenta la abnegación como un signo esencial y distintivo de la Iglesia de esta tierra. La abnegación es en el fondo un despojamiento y renuncia de todo lo que sea afirmar el *valor absoluto* de las cosas de este mundo -riquezas, placeres, figuración, poder (ver Juan 2,15-17). Esta actitud la manifiesta pública y socialmente la Iglesia peregrinante mediante la existencia en su seno del estado religioso. Dice a este respecto: "La abnegación, vista como parte de la imagen externa y de la manifestación de la Iglesia, se llama «consejos evangélicos» en cuanto forma expresa y duradera de vida dentro de la Iglesia, como forma eclesial de vida. Los consejos evangélicos son, por tanto, un elemento esencial e irrenunciable de la estructura de la Iglesia, en cuanto que representan y manifiestan concretamente su vida interior: el amor divino que trasciende escatológicamente el mundo. Y viceversa: la «eclesialidad» es esencial a los consejos evangélicos, porque existen precisamente para manifestar el principio, que es propio de la Iglesia y que, por serlo, se comunica al individuo. Pero de esto resulta, entre otras cosas, que el vivir concretamente estos consejos debe estar configurado de forma que puedan

La vida religiosa de los que viven consagrados a Dios en comunidades masculinas o femeninas no exhortan en esta tierra a que todos los cristianos vivan como ellos. Sólo recuerdan que no deben *apegarse en forma exclusiva*, y mucho menos en modos deshonestos, a esos genuinos bienes de este mundo -dinero, placer, figuración y poder- por la simple y escueta razón que no son bienes imperecederos y transparentes como lo es el amor: "¿De qué le servirá al hombre ganar el mundo entero si pierde su vida? ¿Y qué podrá dar el hombre a cambio de su vida?" (Mt.16,26).

Vocación, respuesta a un llamado

Sin duda, las comunidades religiosas pueden llegar a ser signos de escándalo, si se transforman en gestos mentirosos, o simplemente desfasados de su misión o inadecuados a la misma, y en su actuación²¹.

También la vida religiosa puede ser invadida por lo humano según la carne o por un "espiritualismo" desencarnado y egoísta. Mezquindades, legalismo, autoritarismo, fariseísmo, espíritu de posesión, dureza de corazón, falta de comunión fraternal y de participación en la

tener esa función indicadora y significativa en el respectivo medio histórico en que son vividos. El modo de burgués enguantado con que suelen, a menudo, ser «discretamente» vividos actualmente en las órdenes religiosas, encubre y desfigura su sentido, que es confesar que la Iglesia no es de este mundo y que hace una vida que, desde las perspectivas intramundanas, es escándalo y locura... El «ser-mejor» de los consejos evangélicos debe referirse a un objeto que no es *inmediatamente* el amor, en cuanto que «amor» significa santidad o perfección subjetiva... Es el «deber-manifestarse» del amor, en cuanto escatológico-trascendente y en cuanto eclesiológico, en la visibilidad del mundo... Es, por lo tanto, el «medio» mejor de la renuncia evangélica en cuanto *único «medio»* de representar visiblemente tal amor en el mundo, de darle, en este sentido, una visibilidad eclesiológica" (*Sobre la teología de la abnegación*, Escritos de Teología, Taurus, Madrid, 1961, III, p. 69).

²¹ Un gran director espiritual, el P. Yves de Montcheuil insinuó algo que da mucho más que pensar: "De ahí la inmensa diversidad de las órdenes contemplativas, de las órdenes caritativas. Evidentemente, al lado de las grandes creaciones originales hay, como en todo, imitaciones bastantes banales cuya existencia independiente difícilmente puede justificarse a veces. Ellas testifican, al menos, la amplitud concedida en la Iglesia a las iniciativas individuales". (*Problemas de vida espiritual*, Desclée, Bilbao, p. 70).

miseria humana, gusto de dominación, espíritu farisaico en la manera de conservar la observancia, sobre todo en lo menos importante, y quizás en aquello de lo que uno se ha liberado por el Evangelio. Pero todas estas miserias no quitan que la vida religiosa sea, cuando es auténtica, un signo de que lo espiritual existe y es superior a lo terrenal, a lo que está llamado a transfigurar (IPedr.3,13; IICor.4,12-18).

La vida religiosa recuerda a todos que pasan los valores y goces terrenos (ICor.7,31). Verifica y manifiesta de una manera plena el corazón de toda vida cristiana, que es un misterio de muerte y resurrección -pascua- y exhorta a vivir con generosidad las exigencias de la fe (Efes.4,17-24). Es una predicación viviente y permanente contra el espíritu mundano; contra su gusto de libertinaje y anarquía. Afirma que uno puede vivir totalmente unido a Dios; que en el Espíritu Santo se hace espiritual lo corporal, definitivo lo mutable. Contra la afirmación del mal disfrazado de bien (Mt.7,15-20), que el mismo espíritu mundano explota hasta la obsesión, la vida religiosa afirma que se puede purificar la carne y hacer retroceder el imperio del demonio.

La vida religiosa es, finalmente, un pleno oír y aceptar la voz de Dios. Descubre así el significado del término "Ekklesia" que es la reunión visible de hombres convocados por el Señor y que con su ayuda responden a la invitación a construir el Reino de los cielos. Es verdad que todo es vocación en sentido amplio, puesto que todo es respuesta a un llamado de Dios. Pero hay vocaciones en sentido estricto, y no se habla en vano de la vocación religiosa y sacerdotal. Todo cristiano tiene una vocación; algunos tienen una vocación especial. ¿Por qué esta palabra está particularmente justificada en estos casos excepcionales? En la sociedad y en la Iglesia los fuertes sostienen a los débiles y la docilidad en seguir esa vocación especial es como una exhortación viviente y concreta, un signo y sostén que estimula a todos los cristianos a mantenerse fieles, obra humanamente difícil, a su vocación a ser buenos cristianos. La renuncia plena que supone el compromiso de religiosos y religiosas anima y sostiene a todos los cristianos en ser fieles a su propio llamado. Es una tendencia plena y consciente a mostrar la santidad de la Iglesia, cuyo tipo perfecto es María, la plena realización personal de la Iglesia como santidad²².

²² "En María está particularmente viva la dimensión de la acogida esponsal, con que la Iglesia hace fructificar en sí misma la vida divina a través de su amor total de virgen" (Juan Pablo II, *Sobre la vida consagrada*, n. 34). "Los que tienen la vocación son, pues, arrancados de la forma de vida habitual de los cristianos laicos; el hecho de su llamamiento se graba visiblemente en la

Por eso es necesario que los miembros de la vida religiosa sepan que lo esencial de su misión es contribuir a sostener toda la Iglesia; algo así como en el firmamento cada estrella es necesaria para el equilibrio de todas. Sobrenatural y espiritualmente todos tienen tareas de familia... Los religiosos no olviden, por lo tanto, que si no se entregan seriamente a ser santos, están contribuyendo, en lo que de sí depende, al derrumbamiento de la Iglesia. La vida religiosa tiene, así, institucionalmente, la misión de significar que la vida cristiana es un *segundo nacimiento* que se ha de hacer cada vez más consciente y extensivo en toda la realidad psico-somática y espiritual del hombre: dejar que el germen bautismal se expanda en todo el ser, quitando las trabas que se opongan a su dinamismo sobrenatural.

Toda la historia de la vida religiosa comprueba esa misión.

La vida monástica floreció en la Iglesia en el momento en que terminadas las persecuciones y logrado el favor estatal, una gran masa se incorporó a la Iglesia, importando consigo el peligro de desvirtuar la "levadura" cristiana. La vocación al ascetismo tomó el lugar de la vocación al martirio; los monjes tomaron el lugar de los mártires, como signos de una respuesta absoluta al llamado de Dios, totalmente consagrados a corresponder a las exigencias del Reino de los cielos.

En las órdenes religiosas y en cada uno de sus miembros se puede, así, encontrar, viviente y pleno, todo el misterio de la misma Iglesia en cuanto cuerpo santo de Cristo. El testimonio de León XIII de hace ya un siglo, más allá de su estilo hoy obsoleto, es en su contenido

realidad social de la Iglesia. Su presencia debe suscitar en el laico una reflexión para que comprenda que también él, de una forma diferente, es un llamado, que debe afrontar su vida y toda su actividad como una vocación. Pongamos una comparación: el fin primordial del milagro no es provocar la admiración ante un hecho extraordinario, sino recordar que en el curso ordinario del mundo que parece bastarse a sí mismo, la acción de Dios está presente. De la misma forma la Vocación que se manifiesta visiblemente debe revelar la existencia de la vocación que queda como invisible en todas las tareas ordinarias de la vida familiar y profesional. Por esto, la vida religiosa y la vida cristiana en el mundo no se comprenden más que la una por la otra. No se comprende la castidad religiosa más que por el matrimonio cristiano, la pobreza religiosa más que por la posesión cristiana de los bienes materiales, la obediencia religiosa más que por la iniciativa del cristiano y recíprocamente. Se podría mostrar de este modo, que la Vocación graba con trazos visibles, objetivos, lo que se debe encontrar invisiblemente en toda conducta cristiana que sea cumplimiento de una vocación divina" (Y. de Montcheuil, *ibid.* p. 69).

un valiosísimo testimonio de la excelencia y trascendencia del estado religioso. Que sirva su reflexión como broche final: "...Mas cuán falsamente se dice todo esto, es bien evidente por la práctica y la doctrina de la Iglesia que aprobó siempre sobremanera el género de vida religiosa... Y en cuanto a los que añaden, que la vida religiosa o no ayuda en absoluto o es poco lo que ayuda a la Iglesia, aparte de notar malquerencia para las órdenes religiosas, no habrá uno solo que así piense, si ha repasado los anales de la Iglesia"²³. "...Las órdenes religiosas, nacidas bajo la acción de la Iglesia y aprobadas por su autoridad en su gobierno y disciplina, constituyen una porción escogida del rebaño de Jesucristo. Son, conforme a las palabras de San Cipriano, «el honor y el adorno de la gracia espiritual», al mismo tiempo que testifican la santa fecundidad de la Iglesia... Así, trabajando bajo la suprema dirección de la Sede Apostólica en realizar el ideal de perfección trazado por Nuestro Señor, y viviendo bajo la observancia de reglas que en nada contrarían ninguna forma de gobierno civil, cooperan grandemente en la misión de la Iglesia, que consiste esencialmente en santificar a las almas y en hacer el bien a la humanidad. Por eso, en dondequiera la Iglesia se ha encontrado en pleno uso de su libertad, en donde se haya respetado el derecho natural de todo ciudadano de elegir el género de vida que él estima el más conforme a sus gustos y perfeccionamiento moral, han surgido las órdenes religiosas, como una *producción espontánea* de suelo católico, y los Obispos la han considerado en buen derecho como auxiliares preciosos del santo ministerio y de la caridad cristiana... Pero, alzando aún la mira, debemos recordar que las Congregaciones religiosas, como ya lo hemos dicho, representan la *práctica pública* de la perfección cristiana; y, si es cierto que hay y habrá siempre en la Iglesia almas escogidas para aspirar a esa perfección bajo el influjo de la gracia, sería injusto poner obstáculos a su designio..."²⁴.

Conclusión

Por su maternidad espiritual, representada simbólicamente por la religiosa, la Iglesia crece. Da a sus distintos miembros los medios espirituales necesarios para afrontar las miserias y sufrimientos del mundo y enseña cómo santificarse, a través de las dificultades y asechanzas que pueda poner el autor del mal en esta tierra. En esta

²³ *Testem benevolentiae*, sobre el Americanismo, 22/1/1899; D. 1973.

²⁴ *Carta al Card. Richard, Arz. De París*, 23/11/1900; A.A.S., 33 (1900-1901) pp. 335 y 360.

presencia de la Iglesia como madre espiritual de la humanidad, encuentran los cristianos el sostén y alimento en su camino con Dios; y los fuertes de la Iglesia no son los que tienen mucho poder, o muchas dotes humanas, o grandes cualidades de apostolado y arrastran multitudes prendidas a su palabra, sino los santos, ésa es la fuerza de la Iglesia peregrinante. Por eso Dios ha querido que exista en la Iglesia de la tierra un estado cuya esencia sea dedicarse, orgánica y visiblemente, a la práctica de la santidad; porque es la santidad la que mantiene a la Iglesia unida indefectiblemente con su Cabeza y Esposo, hasta que El venga el día de la resurrección de la carne.

Los santos de la tierra reflejan lo que dice San Pablo: "Porque la locura de Dios es más sabia que la sabiduría de los hombres, y la debilidad de Dios es más fuerte que la fortaleza de los hombres" (ICor.1,25). Lo que parece débil a los ojos de los hombres es lo fuerte de Dios, la santidad. Lo que parece fuerte a los ojos de los hombres, el poder, la ambición, el dominio, es lo débil, lo que nada vale delante de Dios. "Hermanos, tengan en cuenta quiénes son los que han sido llamados; no hay entre ustedes muchos sabios hablando humanamente, ni son muchos los poderosos, ni los nobles" (v.26). San Pablo se refiere a la Iglesia de los primeros siglos formada, en gran parte, por lo que se podría llamar el desecho de la civilización romana, esclavos y pobres: "Al contrario, Dios eligió lo que el mundo tiene por necio, para confundir a los sabios; lo que el mundo tiene por débil, para confundir a los fuertes; lo que es vil y despreciable y lo que no vale nada, para aniquilar a lo que vale. Así, nadie podrá gloriarse delante de Dios." (ICor.1,27-29).

Los que recuerdan esta verdad -verdadera paradoja del cristianismo-, que la Iglesia se construye no tanto por lo que el hombre hace, como por lo que es delante del Señor, son los religiosos y las religiosas. Estos mantienen y estimulan a todos los cristianos en este esfuerzo de santidad con su conducta de vida; y por su manera de expresarse recuerdan que la Iglesia por ser santa es madre espiritual de vivientes. Así vive la Iglesia de esta tierra ese gran dogma de la fe que es la comunión de los santos: Cristo que hace crecer en santidad a su cuerpo por la Iglesia, madre espiritual de sus miembros. Este horno de caridad, que es el corazón y el anhelo de la Iglesia, es uno de los rasgos más profundos de su misterio. En su seno virginal las buenas intenciones de todos los hombres fructifican para Dios hasta que todos sean una sola realidad plenificada en el amor y en el misterio de la Trinidad del Dios viviente (ICor.15,24-28).

Juan Pablo II lo afirma plenamente convencido: "La Iglesia no puede renunciar absolutamente a la vida consagrada, porque *expresa de*

manera elocuente su íntima esencia «esponsal». En ella encuentra nuevo impulso y fuerza el anuncio del Evangelio en todo el mundo...²⁵.

Y termina exhortando a todos los varones y mujeres de buena voluntad: "No olvidéis los carismas que han forjado magníficos «buscadores de Dios» y benefactores de la humanidad que han abierto rutas seguras a quienes buscan a Dios con sincero corazón... Este mundo nuestro, ¿no necesita también varones y mujeres que sepan, con su vida y con su actuación, sembrar semillas de paz y de fraternidad?"²⁶.

El recuerdo y testimonio reciente de la Madre Teresa de Calcuta, premio Nobel de la paz, basta y sobra para encarar la elaboración de una generosa respuesta.

La agónica presencia del silencio¹

Notas para pensar el dilema técnica - libertad

por Carlos R. Ruta (Buenos Aires)

"Silencio es palabra de mi vocabulario. Habiendo trabajado la música, la he usado más que los hombres de otros oficios. Sé cómo puede especularse con el silencio; cómo se le mide y encuadra. Pero ahora, sentado en esta piedra, vivo el silencio; un silencio venido de tan lejos, espeso de tantos silencios, que en él cobraría la palabra un fragor de creación. Si yo dijera algo, si yo hablara a solas, como a menudo hago, me asustaría a mí mismo."

Alejo Carpentier. *Los Pasos perdidos*. Debate, Madrid, 1991, pág. 94.

"Ma il mio mistero è chiuso in me,
il nome mio nessun saprà!
No, no, sulla tua bocca lo dirò,
quando la luce splenderà!
Ed il mio bacio scioglerà
il silenzio che ti fa mia!"

Giacomo Puccini (Lib. G. Adami - R. Simoni),
Turandot, Acto III, E. 2.

1.- El complejo vínculo que conjuga "tiempo y concepto" encierra esa oscura trama que compone el fondo de todo significado². Su develamiento hace posible desandar el decantado temporal que cargan

¹ Trabajo presentado en las II Jornadas de Filosofía (Técnica y Libertad) organizadas por la Facultad de Filosofía de la Universidad Nacional de Cuyo (1994).

² Albizu, E., *Arte y Tiempo. Ensayo preliminar sobre la significación artística*, pág. 38 ss.

²⁵ *Sobre la vida consagrada*, n. 105.

²⁶ *Ibid*, n. 108.